

El tiempo del psicoanálisis.

Enrique A. Alba

I. El tiempo del psicoanálisis, nuestro tiempo.

En primer lugar debería aclarar que si escribo para "nosotros" debería indicar "quienes somos". En principio "somos", todos lo interesados por el psicoanálisis, en especial aquellos, los psicoanalistas, que nos convoca su dimensión terapéutica en tanto praxis que contempla, en el sufrimiento humano, una búsqueda de alivio. Por lo tanto "nosotros" somos solo una parte de los interesados por el psicoanálisis, y en primer lugar deberíamos ubicarnos en este contexto que nos implica y nos atañe, en tanto "el psicoanálisis" con sus shibolet del inconsciente, lo reprimido, la sexualidad y el Edipo, define en la contemporaneidad de nuestro tiempo la coterraneidad de nuestro campo.

Si bien los analistas nos hemos visto convocados en numerosas oportunidades a responder sobre la falacia "el fin del psicoanálisis", en realidad no mucho hemos hecho para esclarecer el verdadero fin al que nos vemos impulsados en nuestra tarea. Como muchas veces se ha afirmado, el psicoanálisis no ha muerto y goza de buena salud, pero no siempre es fácil dar cuenta de la misma. Sobre todo cuando las divergencias, en cuanto perspectivas y añoranzas sobre diferentes vigencias, coexisten en el amplio campo que convoca a todos los interesados por el psicoanálisis.

Para aludir a una de las formas en que se puede abordar esta problemática basta citar a la discusión entablada entre G. Gambaro y R. Spregelburg en diferentes ediciones de la revista Ñ de Clarín. En ella, y a partir de "lo importante" en el teatro se fijan dos tendencias: la del compromiso con la memoria y el recuerdo, y la del compromiso con lo imposible de recordar. Es evidente que estas dos tendencias marcaran dos concepciones de la puesta y la dramaturgia, y quizás también dos momentos en la historia y la teoría del espacio dramático. Y por supuesto que en la medida que remiten a la problemática del recuerdo y lo imposible, alude directamente al campo del psicoanálisis. Seguramente esta problemática no es ajena a ciertas cuestiones que nos atañen muy directamente, y que bajo

el amplio manto de "crisis de la representación", es ampliamente abordada desde múltiples perspectivas por diversos psicoanalistas (Marucco) y define una novedosa óptica para el tiempo del psicoanálisis en relación a lo imposible del recuerdo.

II. ¿Cuál es el tiempo en psicoanálisis?

Cuando Freud plantea la famosa *atemporalidad del inconsciente*, lo hace a partir de "**Sobre la dinámica de la transferencia**" y en relación a la repetición, como lo que se repite en lugar de recordar. *“Las mociones inconscientes no quieren ser recordadas, como la cura lo desea, sino que aspiran a reproducirse en consonancia con la atemporalidad y capacidad de alucinación de lo inconsciente. Al igual que en el sueño el enfermo atribuye condición presente y realidad objetiva a los resultados del despertar de sus mociones inconscientes; quiere actuar sus pasiones sin atender a la situación objetiva...Esta lucha entre el médico y el paciente, entre el intelecto y la vida pulsional entre discernir y querer actuar, se desenvuelve casi exclusivamente en torno de los fenómenos transferenciales”*. Mas adelante, en "**Recordar, repetir y reelaborar**", afirmara que el paciente *“empieza la cura con una repetición...calla y afirma que no se le ocurre nada”*. Siendo esta *“la repetición de una actitud homosexual que se esfuerza hacia el primer plano como resistencia a todo recordar. Y durante el lapso que permanezca en tratamiento no se liberará de esta compulsión de repetición”*. Pareciera que Freud estuviera anticipando en este apretado párrafo, no solo como dice Starchey en su llamada al pie, los desarrollos de "**Más allá del principio del placer**", sino también encontrando en el principio del análisis lo que será uno de los problemas fundamentales del final: la pasividad ante el padre. No es ajena a esta idea que entonces los problemas del final del análisis se comiencen a jugar desde el principio.

Si la repetición es lo que funda la atemporalidad del inconsciente, lo hace como *“compulsión de repetir, que sustituye ahora al impulso de recordar, no solo en la relación personal con el médico, sino en todas las otras actitudes y vínculos simultáneos de su vida”*. Por eso la repetición no solo será olvido de un pasado infantil, pretérito perfecto, sino también olvido en un pasado reciente, pretérito imperfecto, que se presenta como

formador del síntoma que en "**Sobre el mecanismo psíquico de la desmemoria**" hace a ese olvido paradigmático que acusa Freud sobre el nombre de *Signorelli*. Por eso afirmara que lo que el paciente repite en su síntoma no debemos tratarlo "*como un episodio histórico, sino como un poder actual*". Estamos aquí ante la plena atemporalidad del inconsciente que se manifiesta en esta compulsión de repetición donde lo histórico es actual. Y agregará que "*el principal recurso para domeñar la compulsión de repetición y transformarla en un motivo para recordar, reside en el manejo (handhabung) de la transferencia*", problema central con el cual inicia su artículo "**Puntualizaciones sobre el amor de transferencia**" y que lo llevará a afirmar el principio de abstinencia retomado en "**Nuevos caminos de la terapia psicoanalítica**".

En "**Mas allá del principio del placer**" el problema de la compulsión de repetición tomará un nuevo giro y hará de esta no solo un concepto clínico sino también meta psicológico entramando la compulsión de repetición al carácter general de la pulsión diciendo que "*la pulsión sería entonces un esfuerzo inherente a lo orgánico vivo de reproducción de un estado anterior*", poniendo de esta forma en el centro de la compulsión de repetición a esta dimensión de la pulsión que llamara pulsión de muerte. Inaugura así una dimensión que mas allá del principio del placer instituye un goce que lo contradice y que expresa una tendencia del masoquismo primario, mudo, que se manifiesta en diferentes fenómenos, que como la reacción terapéutica negativa y los impasses, se imponen en la clínica psicoanalítica como la contracara de lo que en la vida surge en los que fracasan por conciencia de culpa o los que fracasan al triunfar. Tendencia muda de una pulsión que solo se expresa como fracaso de la representación. Y de esta forma la repetición que estaba al servicio del p. del placer como forma, en el olvido, de no recordar lo displacentero, se ve avasallada por una "*compulsión de repetición... mas originaria, mas elemental, mas pulsional que el principio del placer que ella destrona*". De esta forma podremos pensar en una repetición al servicio del p. del placer, de Eros, que tiende a integrarlo todo, "*que quiere reunir a los individuos asilados, luego a las familias, después a las etnias, pueblos naciones...que deben ser ligados libidinalmente*" (El malestar en la cultura) en esa lucha constante con la compulsión de repetición al servicio de Tanatos. En esta perspectiva Lacan considerará las diferencias entre *automaton*, que se trata de lo articulable en la red de los

significantes, de la insistencia de los signos a las que nos somete el principio del placer, y de tyche, como el encuentro azaroso con lo real de la pulsión.

Será en relación a la repetición que surgirán los conceptos de una temporalidad que como período de latencia y resignificación marcan los momentos del pulsionar del inconsciente. Esta repetición a la que Freud asignara una dimensión de compulsión, se inscribirá en un circuito (Lacan) demoníaco en el que lo que se repite anticipa lo que vendrá al mismo tiempo que resignifica lo acontecido marcando con ese signo el carácter esencial que advendrá como paradigmático en las neurosis de destino.

III. Intensidad pulsional y momento.

Cuando Freud escribe **Análisis terminable e interminable** no duda en afirmar que todo análisis debe tener su fin y que el mismo es solo una cuestión práctica. Y esta se realiza al cumplirse "*dos condiciones: la primera que el paciente ya no padezca a causa de sus síntomas, y haya superado sus angustias así como sus inhibiciones, y la segunda que el analista juzgue haber hecho conciente en el enfermo tanto de lo reprimido, esclarecido tanto de lo incomprensible, eliminado tanto de las resistencias interiores, que ya no quepa temer que se repitan los procesos patológicos en cuestión*". Así están repartidas las consideraciones, unas a cargo fundamentalmente del paciente y su apreciación subjetiva (en este punto es necesario recapacitar sobre las dificultades con las que acarrea el analista frente a las divergencias subjetivas con sus pacientes, pero de esto ya nos pone en guardia Freud cuando nos aconseja desprendernos de las nuestras para fundamentalmente tomar en cuenta la del analizando. H.de Las ratas, la causa precipitante de la enfermedad); la otra a cargo del analista implica fundamentalmente en sus concepciones en torno a los fundamentos del psicoanálisis.

Freud dedicará casi todo su trabajo a profundizar esta última condición, la que depende fundamentalmente del analista descartando las "*elucidaciones sobre el problema técnico del modo en que se podría apresurar el lento curso de un análisis*" para abocarse "*a los impedimentos que obstan a la curación analítica*". Realiza así un movimiento por el cual

los factores temporales, en tanto la duración del mismo, quedan subsumidos en las concepciones de los fundamentos. Y destaca que "*de los tres factores que hemos reconocido como decisivos para las posibilidades de la terapia analítica- influjo de traumas, intensidad constitucional de las pulsiones, alteración del yo- nos interesa aquí solo el del medio, la intensidad de las pulsiones*". Destaca la importancia de "puntualizar con mas precisión lo que ha de entenderse por la frase "*tramitación duradera de una exigencia pulsional*" y el significado que tiene en ese sentido el término "*domeñamiento pulsional*".

En la posibilidad "*de tramitar de manera duradera y definitiva cierto conflicto pulsional, o sea "domeñar" la exigencia pulsional*" - tanto en el enfermo como en el sano- va a depender de la "*relación entre robustez de la pulsión y robustez del yo*", será de la intensidad pulsional que dependa el desenlace. En este aspecto Freud reconoce la importancia y las omisiones con las que se ha encontrado al tomar en cuenta el punto económico en la misma medida que el dinámico y el tópico. "*Entonces es preciso que intervenga la bruja*", afirma parafraseando a Fausto, y agrega; "*La bruja metapsicología, quiere decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológico- a punto estuve de decir: fantasear- no se da aquí un solo paso adelante*", después de aclarar que "*habría, pues, que modificar la formula: **intensidad pulsional "por el momento"**, en lugar de "constitucional*".

Si el momento de una fuerza esta definido por el punto de máxima intensidad que alcanza la misma, deberíamos por analogía suponer que a lo que Freud se refiere es que el domiñamiento de la exigencia pulsional va a depender de las relaciones entre la robustez del yo y la robustez de las pulsiones va a expresar el conflicto entre Eros y Tanatos, entre la forma mas organizada de la libido y la irrupción de Tanatos, compulsión de repetición que irrumpe, haciendo fallido el encuentro dentro del orden de Eros. Y de lo que se tratará entonces es de *domeñar ese momento*, momento de la constitución del síntoma, surgimiento del sujeto del inconsciente. La sesión psicoanalítica tenderá a ese fin sosteniéndose sobre el tiempo de la repetición que es el tiempo del inconciente; de un inconciente organizado como un sistema de representaciones, que siguiendo el orden de un lenguaje, lo llevan a

Lacan a decir que el inconciente esta estructurado como un lenguaje. De esta forma la palabra será ese campo del lenguaje, que siguiendo la tendencia de Eros ampliará las relaciones significantes, y dentro del cual surgirá la compulsión de repetición (Tanatos) como lo indomeñable de la pulsión. Seria una forma de decir que Tanatos se expresa en el trasfondo de Eros y que expresa lo irrepresentable en el campo de la representación. Por lo tanto el tiempo del inconciente estaría dado por el circuito de la compulsión de repetición que retorna en el campo de Eros. En ese sentido el tiempo del inconciente es el tiempo del retorno de la compulsión de repetición, Tanatos, que se expresa como desencuentro en el orden significante, lo que Lacan llama *tyche* y que propone como el encuentro con lo real, momento del trauma. Este tiempo que se manifiesta como un tiempo pulsátil, del momento de una disrupción, en el sentido de una discontinuidad en el transcurso asociativo, instituye el lapso de tiempo durante el cual el inconciente permanece en estado latente, o sea presto a constituirse en una forma anticipada a su surgimiento y hace a la duración de ese "intervalo" - "tiempo necesario para la constitución del lapso- "lapsus, caída en una culpa o error" Diccionario Real Academia Española.

Cuando Lacan determina en "**El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada**" los tres tiempos de la lógica del inconciente no hace sino implicar al tiempo del inconciente en relación al momento de la repetición en tanto la misma aparece en un instante que constituye al sujeto como impersonal, o sea como un sujeto que es pura ignorancia, que instituye un sujeto de reciprocidad durante el tiempo para comprender anticipando al momento de concluir "*bajo la evidencia subjetiva de un tiempo de atraso, que precipita un acto, no sin angustia, ya que hay una certidumbre anticipada*" (Paulucci, Oscar) en tanto toda verdad solo lo será por aprescoup. Esto lleva a pensar que la interpretación surgirá como acto conclusivo que implica una separación del sujeto de la reciprocidad que resulta de la evidencia del sujeto impersonal del lapsus.

Hay así un del intervalo del tiempo del inconciente que se escapa a la duración del tiempo y que responde a la singularidad de los tiempos de la repetición y que hace que el momento de concluir no responda a la duración media del tiempo, sino a la singularidad del tiempo del inconciente de cada sujeto. De esta forma el tiempo del inconciente se

efectivizará en la evanescencia de ese encuentro efímero de Tanatos que poco tiene que ver con la duración de un tiempo de consistencia sostenido en los valores yoicos de lo formalmente establecido o acordado. ¿Como dar cuenta de esto en la sesión analítica, en esta articulación del tiempo del inconciente y del encuentro del acuerdo, sobre todo cuando el fin de la misma implica de alguna forma, aunque solo parezca semántica, una forma de conclusión?

IV. Duración de la sesión e intervalo.

Si cada sesión es una unidad de tiempo, y a la unidad de tiempo del inconciente la consideramos en términos de los ciclos del retorno de la repetición ¿como considerar el tiempo de la sesión en relación al tiempo del inconciente?

En un interesante intercambio entre D. Anzie, J. D'or y Steigner discuten sobre el tiempo de la sesión manteniendo diferentes posiciones en torno a las llamadas sesiones de tiempo fijo, sesiones de tiempo variable y sesión corta. Todos estos autores tienen en común la consideración del tiempo como un elemento fundamental para la constitución de un marco de seguridad y confianza del proceso analítico, no solo para el paciente sino también, en algunos casos para evitar arbitrariedades por parte del analista. Sin embargo disiente en algunos de sus fundamentos y conclusiones. Mientras D. Anzieu sostiene la importancia de la "sesión fija" en tanto *“La duración fija de las sesiones es la herencia en la cura de los ritmos biológicos fundamentales y del retorno periódico de la fuerza pulsional. A la manera del handling materno; permite contener la excitación y prevenir la impresión desestructurante de un carácter arbitrario de los cuidados. Ofrece un ritmo al proceso analítico. Más concretamente, una duración de sesión constante y suficientemente larga (45 minutos promedio) le permite al paciente abstraerse del tiempo social en el cual se inscribe su vida habitual para comprometerse en un tiempo personal pre-consciente y también permite momentos fecundos de la cura, en el tiempo inconsciente en el que se entremezclan los ritmos vitales y las tensiones de la repetición”*, D'or cuestiona la fijeza de la llamada "sesión corta" que impulsan ciertos analistas lacanianos, ya que sostiene *“distinguir firmemente la práctica "de sesiones de tiempo variable" de la de las "sesiones cortas". Como bien lo señala Patrick Guyonmard en su estudio "El tiempo del acto. El*

analista entre la técnica y el estilo". La práctica de sesiones llamadas cortas no se funda sino en la posibilidad de sesiones largas. Cierta número de analistas formados en la escuela de Jacques Lacan parecen haber olvidado ciegamente, -¿o económicamente?- el principio lógico que regula ésta dialéctica" que implica un desconocimiento del tiempo del inconciente y de los tiempos lógicos propuestos por Lacan. Por eso retomando el "Discurso de Roma" afirma que "No hay mejor estudio en la obra de Lacan, que permita percibir los lineamientos justificativos de la práctica de sesiones "de tiempo variable".

"Entonces, es una puntuación feliz que da su sentido al discurso del sujeto. Por ello es que la suspensión de la sesión cuya técnica actual hace un alto puramente cronométrico y como tal indiferente a la trama del discurso, tiene aquí el rol de una escansión que tiene el valor de una intervención para precipitar los momentos concluyentes." Puntuación, escansión y suspensión constituyen así los tres operadores que regulan la lógica del tiempo de la sesión. Además, como lo señala Lacan, podemos concebir el acto analítico como algo que "da a la palabra del sujeto su puntuación dialéctica" al detener el sentido del decir:

"Testigo que ataca la sinceridad del sujeto, depositario del acta de su discurso (...), el analista participa del escriba. Pero sigue siendo el amo de la verdad cuyo discurso es el progreso. Es él, ante todo, el que puntúa, ya lo hemos dicho, la dialéctica de su discurso (...). La suspensión de la sesión no puede no ser sentida por el sujeto como una puntuación de su progreso." El tiempo de la sesión no parece escandido entonces, sino a la medida del "batir" del inconciente cuya apertura opera en la palabra del sujeto por poco que el analista sepa puntuar su articulación. Por vía de consecuencia, la interpretación analítica encuentra su eficacia respecto de esta escansión": Quien mas se extiende sobre el problema es Steiner, quien afirma: *"Mis pacientes tienen sesiones cuya duración es constante, con algunos minutos de diferencia; a veces, pues no estoy con los ojos en el reloj. Digamos por el momento que se trata de una de mis costumbres que está en la tradición inaugurada por Freud y que no habría replanteado si, después de Jacques Lacan, algunos colegas de los más estimables no hubieran adoptado como principio poner fin a la sesión en función del decir del paciente, y no en función del tiempo transcurrido".* Después de considerar un caso en el que se vio llevado a terminar la sesión antes de tiempo afirma *¿Debería entonces optar por sesiones de duración constante, salvo excepciones? En estas condiciones, habría buenas razones para apostar a que encontraría bastantes buenas razones para actuar de*

manera tal que la excepción se transforme en hábito, quedando el término medio evidentemente como insostenible. Heme aquí nuevamente en el problema inicial". Afirma que en general da por terminada una sesión un poco antes o un poco después de la hora fijada y termina sus consideraciones sobre la base de afirmar una tradición que se sostiene frente a las incertidumbres de lo que puedan ser sus reformulaciones.

Es interesante destacar que solo para D. Anzie parece importante incluir dentro del tema del Tiempo en Psicoanálisis, no solo la duración de las sesiones, sino también el problema de la frecuencia de las sesiones : *"Muy pocas sesiones pueden traer una estimulación demasiado pobre al proceso psicoanalítico. Inversamente, en dos casos tuve que reducir el número de sesiones: cuando la proximidad y la acumulación de éstas producían una hemorragia agotadora de la libido narcisista o cuando la excitación de la libido objetal se volvía demasiado fuerte porque se repetía demasiadas veces, alimentando una transferencia erotomaníaca intensa que disminuía el trabajo de elaboración psíquica del paciente y el trabajo de interpretación del analista"*.

Por eso sería interesante retomar, desde la perspectiva de cómo consideramos el tiempo en psicoanálisis, como pensar la frecuencia de las sesiones en función del "intervalo" necesario para la constitución del lapso requerido para el proceso de reelaboración. Por supuesto que sería importante poder valorar tanto la importancia que adquiere para este proceso el trabajo de la elaboración secundaria y de los restos diurnos que pasan a tomar cuerpo en la compulsión de repetición en el tiempo del intervalo de las sesiones, como así también el lugar que la angustia tiene durante este proceso. En **Inhibición. Síntoma y Angustia** Freud observa que *"constituye un importante progreso en nuestra auto preservación no aguardar que sobrevenga una situación traumática sino preverla, estar esperándola. Llámese situación de peligro a aquella en que se contiene la condición de esa expectativa, en ella se da la señal de angustia.... Por eso anticipo ese trauma, quiero comportarme como si yo estuviera ahí mientras todavía es tiempo de extrañarme de él. La angustia es entonces por una parte expectativa del trauma y por la otra una repetición amenguada de él"*. Por eso podría ser interesante poder dar cuenta no solo de lo que se

puede elaborar de la angustia durante la sesión, sino también de las posibilidades de su anticipación, en tanto el fin de la sesión como tal la pone en evidencia.

Descriptores: repetición – transferencia - tiempo

Bibliografía.

Anzieu,D.; D´Or,J.; Stein,C.; La duración de las sesiones. El tiempo en psicoanálisis; Zona Erógena, N° 13, 1993

Freud, Sigmund; Obras Completas, Amorrorrtu

Lacan, J. El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Escritos I. Siglo XXI.
El Seminario.Libro 11, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis.

Paidos

Marucco, N.C.; Entre el recuerdo y el destino: la repetición; Psicoanálisis, Vol XXIX, N° 1, 2007

Paulucci, O.; El Tiempo en psicoanálisis; Saber del límite; Letra Viva, 2006 .